

## **Teología política: profetismo en América Latina. El legado teológico de Ignacio Ellacuría\***

Juan José Tamayo\*\*

### **Palabras clave:**

filosofía de la realidad histórica, reino de Dios, utopía, profetismo, esperanza, historia, Bloch.

### **Resumen**

Dos son las bases en que se sustenta el discurso de Ellacuría sobre la utopía y el profetismo: su filosofía de la realidad histórica y el diálogo con los filósofos utópicos —tanto de la utopía positiva de Bloch como de la utopía negativa de la Escuela de Frankfurt— y la Biblia como enciclopedia de algunas de las más bellas utopías de la humanidad. Utopía y profetismo no en abstracto, sino desde una ubicación bien concreta, América Latina; desde un lugar social y político bien definido, las mayorías populares; y desde un imperativo ético, la opción por los pobres, para no caer en propuestas discursos falsamente universalistas.

La filosofía de la realidad histórica se concreta en una reflexión sobre la estructura temporal de la realidad humana y de la historia, el dinamismo de los procesos históricos y la historia como proceso creacional de capacidades y actualización de posibilidades históricas. Se deja sentir la influencia de Zubiri y, sobre todo, de Ernst Bloch.

Las bases teológicas giran en torno a tres categorías bíblicas mayores: reino de Dios, utopía y profetismo, que Ellacuría interpreta con una hermenéutica actualizante y actuante, en diálogo vivo y fluido entre los textos y la realidad histórica. El resultado es la propuesta de un nuevo ser humano solidario con la causa de los oprimidos, la nueva tierra entendida como nuevo orden económico, cultural y político, y el nuevo cielo como presencia histórica de Dios entre los seres humanos y como principio de incesante renovación de la humanidad.

\* Ponencia presentada en el ciclo de conferencias organizado por la Cátedra Latinoamericana Ignacio Ellacuría, del 18 al 20 de noviembre de 2014.

\*\* Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones "Ignacio Ellacuría". Universidad Carlos III de Madrid.

### Felicitación y agradecimiento

Quiero expresar mi felicitación a la UCA por la excelente iniciativa de organizar este ciclo de conferencias sobre el legado teológico, filosófico y de derechos humanos de Ignacio Ellacuría, con motivo del 25 aniversario de su asesinato. Con la felicitación va mi agradecimiento que personalizo en el rector Andreu Oliva y en los profesores Héctor Samour y Luis Alvarenga, por la invitación a participar en este Congreso. Es para mí un honor y un privilegio dirigirme a ustedes en esta efeméride tan significativa y en este escenario tan cargado de recuerdos y de memoria histórica subversiva de las víctimas de la violencia política y militar.

Muchos fueron los vínculos que mantuve con Ignacio Ellacuría, que serían largos de contar, y los que me ligaron a su persona y a su obra antes y después de su asesinato. El primero fue la lectura de una de sus obras teológicas más sólidas, *Teología política*, publicada por el Secretariado Social Interdiocesano del Arzobispado de San Salvador en 1973 con el *imprimatur* de monseñor Arturo Rivera y Damas, obispo auxiliar y vicario general, del 6 de septiembre —que conservo mimeografiada como oro en paño—, la cual apareció con un tiraje de mil ejemplares.

El último vínculo en vida fue en España, en noviembre de 1989, poco antes de volver a El Salvador para incorporarse a las negociaciones entre el Gobierno y la guerrilla, a las que lo había invitado Alfredo Cristiani. En aquella comida me firmó un “poder” para negociar la recuperación del original de la obra *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, en posesión de la editorial Cristiandad, que no parecía tuviera voluntad de publicar. Felizmente, se publicó al año siguiente en la editorial Trotta, que se estrenaba con aquella voluminosa obra en dos tomos.

Pero es quizá el nombre de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones, que dirijo en la Universidad Carlos III, el que mejor visibiliza mi relación con él. Cuando se creó la Cátedra en 2002 y asumí su dirección, el rector Gregorio Peces Barba me pidió que le pusiera el nombre de un prestigioso teólogo español fallecido. No tardé ni un minuto en comunicarle el nombre: “Se llamará Ignacio Ellacuría”, le dije. Surgía la primera cátedra con el nombre de teólogo asesinado.

### Legado teológico de Ellacuría

La noche del 18 de noviembre de 20014, Jon Sobrino y yo hablamos del legado teológico de Ellacuría, tema inabarcable por su ingente producción en este campo: cuatro volúmenes de *Escritos teológicos*, numerosas conferencias, artículos de prensa, entrevistas, etc., y por las aportaciones tan relevantes que hizo en todos los campos de la teología. He aquí algunas de las más importantes: fundamentación del método teológico; eclesiología —Iglesia de los pobres, el pueblo crucificado, pueblo de Dios—; cristología —Jesús histórico, su mensaje, su praxis liberadora, su muerte: “Por qué muere Jesús, por qué lo matan” es uno de los estudios más lúcidos de la cristología actual—; soteriología; teología moral social y política; hermenéutica; espiritualidad, etc.

En esta conferencia voy a centrarme en el legado teológico del último, del ultimísimo Ellacuría, el de “Utopía y profetismo en América Latina”, que fue el título de la conferencia pronunciada en el VIII Congreso de Teología, de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII, celebrado en Madrid del 7 al 11 de septiembre de 1988. La conferencia fue publicada en las Actas del Congreso, *Utopía y profetismo*, Centro Evangelio y Liberación, Madrid, 1989. Luego la reelaboré y amplió, y fue publicada en I. Ellacuría y J. Sobrino, *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*<sup>1</sup>.

1. Madrid: Ed. Trotta, 1990. San Salvador: UCA Editores, 1991, pp. 393-442.

Pero analizaré también las bases filosóficas de la utopía en Ellacuría.

Empezaré por una clarificación conceptual en torno a los términos “utopía” y “profetismo” para, a continuación, analizar el pensamiento de Ellacuría en torno al tema.

## Utopía

Ingente y muy cualificada es la literatura sobre la utopía, palabra creada por Tomás Moro quinientos años ha —la primera edición de *Utopía* se publicó en 2016—, una bella y muy creativa palabra que está sufriendo un mal uso y un maltrato en el lenguaje, e incluso en las definiciones que de ella dan los diccionarios, y que está siendo sometida a un largo destierro en todos los campos del saber y del quehacer humano: de la filosofía, de la teología, de las ciencias sociales, de la política, de la cultura, de la educación, de las relaciones laborales, de la vida cotidiana, etc.

La utopía ha sufrido un proceso de deterioro semántico, reflejado en la propia definición de algunos diccionarios que acentúan su carácter ingenuo, irreal, quimérico, fantasmagórico y su imposibilidad de realización. Veamos dos ejemplos. El *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, define la utopía como “nombre de un libro de Tomás Moro que ha pasado a designar cualquier idea o plan muy halagüeño o muy bueno, pero irrealizable”<sup>2</sup>. La *Nueva enciclopedia Larousse*, además de la referencia al libro de Moro, recoge dos acepciones del término: “Plan ideal de gobierno, en el que todo está perfectamente determinado” y “Cualquier plan o sistema bueno y halagüeño, pero irrealizable”<sup>3</sup>.

Tales desviaciones nada tienen que ver con el sentido que se le da en la literatura y el pensamiento utópicos. Lo que se ha impuesto en el lenguaje ordinario y en la vida social es una caricatura de la propia palabra y de su verdadero significado. Así, a las personas utópicas se las considera carentes de sentido de la realidad, de estar en las nubes, de moverse por impulsos primarios, de actuar sentimentalmente y no de manera racional. El *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española (RAE), introduce un nuevo matiz que torna la definición más precisa y se aproxima a su sentido originario: “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”<sup>4</sup>. Correcto: irrealizable en el momento de su formulación, pero no definitivamente irrealizable. Ese es el matiz.

Al maltrato y al destierro hay que sumar las críticas que le llueven por doquier y desde diferentes frentes: la ciencia, la posmodernidad, la economía, la política, las religiones, etc. Algunas están justificadas, ciertamente, pero otras son corazas autoprotectoras de los sectores que detentan el poder en todos los terrenos, porque temen perderlo y se resisten a toda transformación<sup>5</sup>. Pero la palabra “utopía” tiene un sentido positivo como proyecto o ideal de un mundo justo, que implica la crítica del orden presente y la necesidad de transformarlo a través de las mediaciones adecuadas. Se trata de un concepto fundamental en el marxismo humanista, que pone el acento en la meta de una sociedad libre, fraterna e igualitaria, y en la religión bíblica judeocristiana, que remite no a una edad de oro de los orígenes, sino a un futuro mejor a través de las más bellas imágenes de los profetas de Israel<sup>6</sup>.

2. M. Moliner, *Diccionario de uso del español*, tomo II, 1981, 1.428. Moliner remite a los conceptos “ilusión” e “imposible”.
3. *Nueva enciclopedia Larousse*, t. 20, 1982, 10.050.
4. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 1992, 2053.
5. He analizado ampliamente las diferentes críticas a la utopía en J. J. Tamayo, *Invitación a la utopía. Ensayo histórico para tiempos de crisis*, Madrid: Trotta, 2012, 237-257.
6. M. Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión*, 3 vols., Madrid: Taurus, 1988; H. Cohen, *La religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*, Barcelona: Anthropos, 2004.

Es mérito del filósofo alemán Ernst Bloch el haber recuperado una palabra tan denostada, haberla liberado de su acepción peyorativa y haberla convertido en categoría mayor de la filosofía. Él devuelve a la utopía la credibilidad que había perdido en el marxismo ortodoxo. Para ello cree necesario renunciar a la oposición entre socialismo utópico y socialismo científico, y establece la distinción entre utopía abstracta y utopía concreta, decantándose por esta<sup>7</sup>. Su principal empeño ha sido liberar a la utopía de la “idolatría objetivista de la objetivamente posible”, que espera la maduración de las condiciones económicas para llevar a cabo la revolución. Las condiciones objetivas deben ir acompañadas de una “voluntad de acción” y de “un sueño emancipador en el factor subjetivo de esa voluntad”<sup>8</sup>. Es mérito también de Bloch y, bajo su influencia, de Jürgen Moltmann, el haber puesto de manifiesto la centralidad de la utopía en el pensamiento hebreo y en la experiencia religiosa histórica de Israel que, cual hilo rojo, continúa en la vida el mensaje y la praxis histórica de Jesús de Nazaret y en la historia del cristianismo a través de los movimientos utópicos, proféticos y de reforma.

Liberada de sus adherencias espurias, es necesario recuperarla y rehabilitarla en su verdadero significado y en su sentido profundo. Se trata de una *rehabilitación crítica*, es decir, de una utopía no-mitificada, guiada por un interés emancipatorio y animada por una intención ética<sup>9</sup>. Como observa certeramente Miguel Abensour, es necesario “purgar”

a la utopía de la mitología y de la regresión por las que se ve amenazada constantemente, abandonar toda voluntad de fáciles reconciliaciones, renunciar a regresar al seno materno, al hogar natal y a una imaginaria edad de oro. La utopía debe luchar contra los mitos que la minan por dentro. Para ello debe tener como guía, en palabras de Lévinas, *l'ecart absolu* (“la distancia absoluta”). Es el mejor antídoto contra la mitologización de la utopía<sup>10</sup>.

Liberada de toda mitología, la utopía es necesaria como imagen movilizadora de las energías humanas, horizonte que orienta y guía la praxis, instancia crítica de la realidad, alternativa al sistema, imagen visualizadora y anticipadora de un idea y, en fin, “perspectiva para la prospectiva” (P. Ricoeur). Dicha utopía ha de ser rehabilitada no apologéticamente, sino de forma crítica, insisto, es decir, cuestionando la “ingenuidad utópica”, presente con frecuencia en las diferentes teorías y prácticas sociales.

### Profetismo<sup>11</sup>

El profetismo constituye uno de los pilares fundamentales, si no el pilar fundamental, de la religión bíblica y es hoy una de las tradiciones que inspiran y alimentan la teología de la liberación. Es la segunda categoría de esta exposición, que creo necesario definir adecuadamente para no caer en la fácil desviación semántica de la adivinación del futuro, con cuya función se tiende a vincular al profeta, al menos en el lenguaje popular. La verdadera función del profetismo es, en palabras de

7. E. Bloch, *El principio esperanza*, 3 vols., Madrid: Trotta, 2004-2007. En el primer volumen, elabora una filosofía utópica a partir de una antropología de la esperanza. En el segundo, hace un amplio recorrido por las grandes utopías a lo largo de la historia: médicas, sociales, técnicas, arquitectónicas, geográficas, pictóricas, musicales, literarias y sapienciales. En el tercero, estudia las “imágenes desiderativas del momento pleno” en diferentes ámbitos, centrándose en las religiones.
8. E. Bloch, *El principio esperanza* II, 2006, 154.
9. J. A. Pérez Tapia, *Filosofía y crítica de la cultura*, Madrid: Trotta, 1995, 96-110; *id.*, *Del bienestar a la justicia. Aportaciones para una ciudadanía intercultural*, Madrid: Trotta, 2007, 339-371.
10. M. Abensour, “Utopie et démocratie”, en *Raison Présente* 121, París, 1997.
11. De la extensa bibliografía sobre el profetismo, selecciono algunos títulos que son clásicos y ofrecen una visión rigurosa de dicho fenómeno en Israel, W. Brueggemann, *La imaginación profética*, Santander: Sal Terrae, 1986; Abraham J. Heschel, *Los profetas de Israel*, 2 vols., Buenos Aires: Paidós s/f; A. Neher, *La esencia del profetismo*, Salamanca: Sígueme, 1975; J. L. Sicre, “Con los pobres de la tierra”. *La justicia*

Walter Brueggemann, “propiciar, alimentar y evocar una conciencia y una percepción de la realidad alternativas a la del entorno cultural dominante”<sup>12</sup>. Esta conciencia alternativa lleva a romper con la religión estática triunfalista y con la política de opresión, a dismantelar la conciencia dominante, deslegitimar el presente estado de cosas y promover un tiempo y una situación diferentes. El profeta suscita una comunidad alternativa y propone una política de justicia y de compasión; en otras palabras, suscita una contra-comunidad dotada de una contra-conciencia.

La alternativa que propone “se vive en una comunidad concreta histórica y creadora de historia, que realiza una labor crítica y dinamizadora en virtud de sus particulares recuerdos, que conllevan una discontinuidad y una auténtica ruptura con la realidad imperante”<sup>13</sup>. La más depurada expresión de dicha discontinuidad es formulada así por el profeta Isaías 43, 18-19: “No recordéis las cosas anteriores ni consideréis las cosas del pasado. He aquí, hago algo nuevo, ahora acontece; ¿no lo percibís? Aun en los desiertos haré camino y ríos en el yermo”<sup>14</sup>. En su comprensión del profetismo, Ellacuría destaca “la contrastación crítica de la plenitud del reino de Dios con una situación histórica determinada”<sup>15</sup>.

Ellacuría se distancia de la deformación semántica de la que son objeto la utopía y el profetismo y considera a ambas fuerzas catalizadoras de la historia y actuantes en la realidad humana. Es mérito suyo haberlas

colocado en el centro del cristianismo y haberles devuelto el dinamismo que el cristianismo burgués y el marxismo ortodoxo les habían negado. La vida, la muerte, la obra y el pensamiento de este gran pensador hispano-salvadoreño contribuyen hoy, veinticinco años después de su asesinato, a devolver a la utopía su verdadero significado emancipatorio y a liberarla del destierro al que vive sometida. Posibilitan, a su vez, la recuperación de un cristianismo profético liberador y liberado del asedio del mercado y ofrecen propuestas alternativas al desorden global existente.

### **Vinculación intrínseca entre utopía, profetismo y esperanza**

Ellacuría *vincula intrínsecamente utopía, profetismo y esperanza*. La utopía cristiana solo puede construirse desde el profetismo, al tiempo que este es necesario para la utopía. De lo contrario, la utopía corre un triple peligro: perder efectividad histórica, huir del compromiso liberador y limitarse a funcionar como consuelo individualista, cae en un triple reduccionismo: el subjetivista, el trascendentalista y el intemporal, y desemboca en opio y alienación. Y cita el conocido texto de Marx sobre la religión y la miseria religiosa: “La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real y, por la otra, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación carente de espíritu. Es el opio del pueblo”<sup>16</sup>.

*social en los profetas de Israel*, Cristiandad, Madrid 1984; *id.*, *Profetismo en Israel*, Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 1988.

12. W. Brueggemann, *op. cit.*, p. 12.

13. *Ibid.*, p. 30.

14. Otras referencias bíblicas en la misma dirección: 2 Corintios 5,17: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas”; Isaías 65, 17: “Pues he aquí, yo creo cielos nuevos y una tierra nueva, y no serán recordadas las cosas primeras ni vendrán a la memoria.”

15. Otras referencias bíblicas en la misma dirección: 2 Corintios 5,17: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas”; Isaías 65, 17: “Pues he aquí, yo creo cielos nuevos y una tierra nueva, y no serán recordadas las cosas primeras ni vendrán a la memoria”.

16. Marx-Engels, *Sobre la religión*, Salamanca: Sígueme, 1974, 94.